

Figuras cumbres del romanticismo

FRANZ LISZT

1811 - 1961

Sres. Académicos:

Heme aquí de nuevo ante vosotros y, tan llena de confusión, que debiera invocar —como nuestros clásicos—, la protección del Dios de la música y de la poesía, para que alumbrase la oscuridad de mi ingenio y con su ayuda pudiera debidamente discurrir para presentaros, con motivo del 150 aniversario de su nacimiento a uno de los más grandes músicos y hombres del romanticismo: a Franz Liszt.

Marcelino Menéndez y Pelayo, en su «Historia de las ideas estéticas», escribe: «De todas las artes, la música es la que nos separa de la materia y de la voluntad de vivir; ella expresa como ningún otro arte pudiera hacerlo el sacrificio de todo deseo; ella nos ofrece no la apariencia externa de las cosas, sino el alma de las mismas, el alma de todo cuanto tiene vida: es la vida misma».

Así fué también como comprendió Liszt, el arte que desde su más tierna infancia llenó su corazón de anhelos de perfección; anhelos siempre insatisfechos y, cuya consecución fué primordial objeto de su vida, aún a costa de su casi total anulación personal como compositor. Hasta esa altura llegó la nobleza del carácter de Liszt, y el elevado concepto que le merecía el arte al que había consagrado su existencia.

La vida de este ilustre hombre, por todos conceptos excepcional, es quizá la más interesante del siglo XIX, tan pródigo en existencias novelescas.

En el año 1811, la aparición de un brillante cometa en el cielo, augurio de felices acaecimientos, ocupó la atención de la prensa de Hungría, llevando a un hogar recién formado el deseo de que no se extinguiese su brillo hasta que cierto y ya próximo acontecimiento familiar ocurriese. Tuvo lugar en la noche del 21 al 22 de Octubre de dicho año.

Lejos estaban de suponer los felices padres del recién nacido, que

un al parecer tan corriente e íntimo suceso, iba a dar lugar a que pasase a la historia la modesta aldea de Raiding, donde residían.

Como ya habreis supuesto, los afortunados padres eran Adam Liszt y Anna Lager y, el infante nacido bajo tan felices hados, Franz Liszt.

«Tu volverás a este pueblecillo en un espléndido carruaje»; fueron las proféticas palabras que una noche, cuando aún no tenía edad para comprenderlas, dirigió una vieja zíngara al pequeño Ferenc Liszt. Este siguió largo rato absorto, ante las músicas y danzas que una caravana de tziganes ejecutara, al resplandor de las llamas de varias hogueras, cerca de la aldea de Raiding, donde acampaban.

Dicen que: «influyen en el porvenir del niño la casa donde ha nacido y que su alma se forma ante todo con las impresiones en ella recibidas». Ignoro si será o nó cierto, pero en Liszt, parece confirmarse. Las vastas llanuras verdes, en las cuales millares de ovejas pacían tranquilamente, siempre estuvieron presentes en su corazón. Liszt, mantuvo vivo el amor a Hungría hasta su muerte, como igualmente al arte en que su padre Adam Liszt, gran aficionado a la música, le iniciara. Porque Liszt, desde la cuna, formó su espíritu en un ambiente musical. Como antes Mozart y después César Franck, recibió las primeras lecciones musicales de su progenitor, quien deseó ver realizado en su vástago, el sueño de gloria que él nunca alcanzó. Unanse estas favorables circunstancias a una extraordinaria afición y facilidad para el estudio del piano y de la composición, demostrada desde la edad de seis años y, no nos sorprenderá, que al escucharle Beethoven en 1823, le besara y exclamase: «niño, sé feliz, y harás feliz a otros también; ¡no existe nada más bello!

Siéndonos imposible seguir paso a paso su siempre triunfal vida de artista, dada la brevedad que requiere este trabajo, nos limitaremos a señalar algunos de sus más destacados momentos.

No es tarea fácil hablar de Liszt, sin empuñecerle. Decía el gran Rubinstein: «Nunca pongamos en parangón a nadie con Liszt, ni como músico, ni como pianista, ni, menos aún como hombre, porque Liszt, es más que todo esto ¡Liszt, es una idea!». Nada más cierto, Liszt, fué «una idea» y un gran corazón.

Toda su obra fué inspirada por el amor, sin el cual, como gran idealista, le faltaba estímulo para crear. Dios, su patria y, las bellas almas femeninas, fueron los solos manantiales donde su sed de idealidad y amor, pudo calmarse. No diremos saciarse, pues para un

temperamento como el de Liszt, esa palabra no puede existir. Ni el hastío ni el egoísmo jamás ocuparon su mente ni corazón. Hasta cuando motivos sobrados tuvo para abstenerse, dió lo mejor de sí mismo, —su consejo, protección y entusiasmo— incluso a sus detractores. No en balde Wagner, ese sublime egoísta, le llamaba «mi San Liszt».

Como una recta tirada al infinito, aparece ante nuestros ojos la vida de Franz Liszt. Pocos hombres, máxime siendo artistas, habrán mantenido toda su existencia, con tan firme convicción, las mismas inclinaciones de su niñez. A partir de la edad de seis años, Liszt reveló sus sorprendentes facultades musicales y una profunda tendencia religiosa, que en sus primeros años le inspiró el deseo de acogerse a la vida sacerdotal. Protegido ampliamente durante seis años por la nobleza húngara, pudo el padre del pequeño Liszt, dejar su cargo de intendente del príncipe Esterhazy y llevarle a Viena, a que estudiase con las celebridades de aquel tiempo. Czerny para el piano y Salieri para la composición, fueron sus maestros. Más tarde, en París, tomó lecciones de composición con Reicha y Paér. Tiempo aprovechado hasta el máximo fué la época de su niñez y adolescencia. Desde los nueve a los once años, aparte de seguir sus estudios de piano y composición, dió numerosos conciertos en Hungría, Austria, Alemania, Francia, Suiza e Inglaterra, estrenando en la Opera de París, el 17 de octubre de 1825, a la edad de catorce años, «Don Sancho o el Castillo del Amor». Pudo experimentar ya en aquel entonces, que el público no quería considerarle como compositor sino como «virtuoso», criterio que perduró hasta después de su muerte.

Convencido de la vaciedad de la vida de concertista, apesar de los triunfos apoteósicos que siempre obtenía ante los más diversos auditorios, su alma, exenta de vanidad, a la muerte de su padre, —acaecida cuando Liszt contaba dieciseis años—, le hace escribir: «La pobreza, esta vieja alcahueta entre el hombre y todos los males, me arrebató a mi querida soledad, y me puso frente a un público del que dependía no solo mi propia existencia sino también la de mi madre. Joven y apasionado, sufría cruelmente con el contacto de las cosas exteriores con las que mi profesión de músico, debía enfrentarse, mientras mi corazón se dirigía exclusivamente hacia los místicos sentimientos del amor y de la religión». A partir de su orfandad, Liszt empezó a dar clases de piano que pronto llenaron toda su jor-

nada. Hasta el fin de su vida, si bien con muchísima menor intensidad de trabajo, Liszt, se ocupó de la enseñanza pianística, siendo colmado su corazón de ilusiones y dicha, infinidad de veces y, no siempre por la aplicación de su alumnado (en su mayoría femenino y aristocrático), sino por el triunfo de sus personales atractivos. Profundo psicológico demostró ser el padre de Liszt, al decirle momentos antes de expirar: «Hijo mío, pronto voy a dejarte solo, más estoy seguro de que tu talento te llevará lejos. Tienes un corazón noble y no te falta inteligencia. Pero me dan miedo las mujeres cuando pienso en tí; turbarán tu vida y la dominarán».

No había de pasar mucho tiempo sin que floreciera en el corazón de Liszt, su primer amor. Carolina de Saint-Cricocq, a quien daba lección de piano, fué la inspiradora del idilio encantador, pleno de idealidad y ternura, que al truncarse por la diferencia de posición social de Carolina, estuvo a punto de costar la vida de ambos. De esta joven, casi una niña, escribió Liszt, lo siguiente: «Una imagen de mujer casta y pura como el alabastro de los vasos sagrados, fué la hostia que ofrecí con lágrimas al Dios de los cristianos». Nunca la olvidó; conmoviéndose profundamente al enterarse de su muerte ocurrida en 1872, considerando cuán distinta pudo ser su vida de haberse realizado sus juveniles ilusiones.

Pocas veces una revolución habrá sanado a un enfermo de amor, pero, la revolución de 1830, hizo volver a la vida a Liszt. Su madre solía decir: «Los cañones le han curado». Con más intensidad que nunca le dominaba la fiebre de la lectura, apasionándose por las ideas nuevas.

En 1832, escribe a su alumno y amigo Piérre Wolf: «Desde hace quince días mi espíritu y mis dedos trabajan como condenados: Homero, la Biblia, Locke, Platón, Byron, Hugo, Lamartine, Chateaubriand, Beethoven, Bach, Hummel, Mozart, Weber, me rodean, los estudio, los medito y los devoro con furor; octavas, trinos, cadencias, etc. ¡Ahl a no ser que enloquezca, volveré a encontrar en mí al artista». Y volvió a encontrarse más artista que nunca, pero hasta que escuchó al mago del violín, a Paganini, no recibió el choque necesario para que brotasen fuera de sí las chispas de su genio ya cercano a la madurez.

El haber oído a Paganini, su reciente amistad con Chopin y la audición de la sinfonía Fantástica de Berlioz, con quien trabó amistad, fueron tres encuentros decisivos para su arte.

Nuevos horizontes se abrieron ante su sutil espíritu de virtuoso y compositor. Por si poco fuera el deseo de emulación que después de oír a Paganini sintiera, la audición de las obras de Chopin y Berlioz unido al comienzo de una de sus grandes pasiones, le resolvieron a salir de su silencio y volver a presentarse ante los grandes auditorios. Su apatía había sucumbido ante los estímulos artísticos y humanos que precisaba.

Veintidós años tenía Liszt, cuando conoció a la Condesa María de Agoult. Esta contaba veintiocho. Por ser este episodio de la vida de Liszt, sobradamente conocido, no nos detendremos en él. Solamente recordaremos que con ella tuvo sus tres hijos, Blandina, Cósima y Daniel.

¿Fue ventajosa o contraproducente para la carrera de Liszt esta unión? Creemos sinceramente que contribuyó a aumentar su capacidad de producción durante una larga temporada. Liszt necesitaba para trabajar intensamente, amar y sentirse amado con cuerpo y alma. También ayudó a crearle una atmósfera de hombre galante, irresistible, que, antes y ahora, parece favorecer a los artistas. Pero el recuerdo de estos amores fué muy distinto del que siempre guardara de Carolina de Saint-Crich. El de la Condesa d'Agoult, fué un secreto de dolor. Desde el comienzo de las relaciones de Liszt con la señora d'Agoult, conocida en el mundo literario por Daniel Stern, su vida artística y mundana adquirió intensidad inconcebible. Los triunfos artísticos fueron apoteósicos. Sus conquistas (aunque más bien fuera él el conquistado) dignas de su fama y, las obras benéficas a las que contribuía con su arte o su óbolo, fabulosas, como su vida. Pero nada igualó al recibimiento que le dispensaron en su patria. Sables incrustados con piedras preciosas, banquetes, recepciones, bailes, títulos de nobleza, retretas por bandas militares, muchachos con antorchas siguiendo al concertista, ésto y mucho más le fué ofrecido a Liszt por su arte de pianista inigualable, único. No se equivocó la vieja zíngara que le vaticinara en su infancia: «Tú volverás a este pueblecillo en una espléndida carroza» y, en carroza de cristales, volvió Liszt a su aldea natal, en un crudo día de invierno.

Y después de la estancia en su patria, siguió lo que él llamaba su «ridícula y odiosa vida de perro amaestrado o saltimbanqui». Liszt, sabía que era algo más que un pianista. Deseaba cuanto antes poner término a su existencia de virtuoso, para entregarse de lleno a la composición. Pero aún debía esperar y, mientras tanto, siguió re-

corriendo el mundo como concertista. En Berlín, el conde Telequi, le acogió conduciéndole en una carroza tirada por cuatro caballos llevados a propósito de Hungría y con cocheros vestidos a la usanza magiar. La plaza situada ante el Hotel de Rusia, donde él habitaba, siempre estaba llena de gente. Las damas le besaban las manos llevando su imagen en agujas y camafeos.

Disputábanse sus guantes, conservaban en frasquitos el sobrante de las tazas de té o café donde él había bebido, guardando en el seno los restos de sus cigarros. Una dama americana, se posesionó de la tapicería de una silla en la que Liszt había estado sentado. En todos los escaparates podía verse su retrato. Parecía una epidemia provocada por quien sin discusión era considerado como el mejor pianista del mundo.

Como curiosidad citaré algunos detalles de su tren de vida. Poseía tantas corbatas como días tiene el año, contratando a un criado sólo para que se las anudase. Se hizo construir un coche de viaje que podía transformarse a voluntad en salón, comedor o dormitorio. Era en sus excursiones seguido por un grupo de admiradores, entre los que había muchachas vestidas de varón, a los que obsequiaba con gentileza regia. Pero ni las enormes sumas que ganaba (40.000 francos en una semana), ni los agasajos que recibía, llenaban su alma y abandonó Berlín, sin pena, en una carroza tirada por seis caballos blancos, con escolta de estudiantes uniformados.

No deben asombrarnos estas manifestaciones de entusiasmo.

De 1844 a 1845, recorrió Liszt España y Portugal, en gira artística y, no fué menor la admiración que despertara en todas las poblaciones visitadas. En Barcelona, en la primavera del año 1845, dió Liszt tres conciertos en la Sociedad Filarmónica y dos en el Teatro Nuevo. «Durante la interpretación de una fantasía sobre los Puitanos. fueron arrojados al escenario, versos, palomos y una corona de laurel que el público pidió se ciñese el grande artista, haciéndolo éste con suma modestia, para complacerle».

En Córdoba, le fué ofrecido a Liszt, un banquete y concierto en el que se interpretó, en homenaje al concertista, un himno. Letra del barón consorte de Fuente de Quinto y música de Don Mariano Soriano Fuertes. También sabemos —según datos facilitados por nuestro compañero de Academia, Don Vicente Orti Belmonte—, que Liszt, tocó el piano a cuatro manos con Doña Elisa Müller de Belmonte. Así como que fué invitado a visitar las Ermitas. Aceptada por el ar-

tista la excursión, sus admiradores, desenganchando los caballos del coche, tiraron ellos mismos del carruaje ocupado por Liszt, conduciéndole triunfalmente hasta las Ermitas.

¿Dónde tocó el coloso el piano a cuatro manos con tan distinguida dama? Quizás en el antiguo Liceo Artístico y Literario, de cuya entidad fué nombrada Socia facultativa Doña Elisa Müller de Belmonte pocos días después de la estancia de Liszt en Córdoba, o muy probablemente, en el salón de su señorial mansión. Cosa que responde perfectamente a las costumbres de aquella época, máxime perteneciendo esta dama (francesa por nacimiento y dotada de fina sensibilidad artística), a una distinguida y acaudalada familia de banqueros.

Seguramente, con la anuencia de su esposo, culto abogado, en sus salones se haría música; los vates locales leerían, antes de darlas a la imprenta, sus poesías y, serían recibidas y agasajadas cuantas personalidades del arte y de las ciencias visitasen Córdoba.

Siempre, al pasar por la calle Candelaria, en mis paseos, no puedo por menos de detenerme ante el núm. 12 unos momentos y, en mi fantasía, reconstruir la escena esbozada. Pero, no divaguemos y sigamos con Liszt, cuya vida hacía decir: «vive como si fuera inmortal» y en la que en fantástico torbellino, se sucedían en su amor o amistad, damas de la más acrisolada nobleza y aventureras como María Duplessis (la Dama de las Camelias) y Lola Montes.

Hasta que fué a Kiev, en un día de febrero del año 1847 a dar un concierto de piano. Kiev, la oriental ciudad rusa, con sus 360 iglesias bizantinas rodeando la Catedral, predisponía con solo respirar su atmósfera a un corazón sensible como el de Liszt y vacío de un verdadero amor, a entregarse, a ser posible completamente, a alguna nueva aventura sentimental y ésta surgió encarnada en la princesa Carolina de Sayn-Wittgenstein. Todos sabemos lo mucho que significó para la vida y el arte de Liszt esta mujer, pudiendo decir Liszt al poco de conocerla: «No hay circunstancia ni incidente en mi vida que valga la pena de dedicarle cinco minutos». Tan pronto comprendió Liszt el abismo que mediaba entre el amor de Carolina y el de sus antecesoras (salvo la dulce Carolina de Saint-Cricq), que en la nueva existencia que se disponía a seguir, no pudo desligar de la vida de la princesa su pensamiento. Liszt y Carolina vivían y servían una idea y realizaban una obra. La religiosidad profunda de ambos, unió aún más sus almas y hasta el fin de sus días se perte-

necieron. La princesa Carolina, como Mme. d'Agoult, escribía y ambas hacían del «Fausto» y de «La Divina Comedia», sus libros favoritos, pero no obstante esta afinidad, son dos almas de mujer totalmente distintas. Liszt tuvo para Carolina, su Santa Carolina, el máximo de amor y fidelidad que un temperamento como el suyo podía ofrecer. La princesa, en admirable entrega, todo lo dió por Liszt, reputación, posición social y fortuna. Tan suya fué que cuando supo la muerte de Liszt, esta gran amadora, al perder el único por qué de su vida, murió, como si hasta en la eternidad quisiera seguir unida a quién, por amor, consagró su existencia.

El período de la vida de Liszt más interesante y fecundo es el que comprende de 1848 a 1860. Período coincidente con su máximo amor e ilusión por la princesa de Sayn-Wittgenstein. En esos años de agobiador trabajo y preocupaciones por la responsabilidad inherente a su cargo de Maestro de Capilla en servicios extraordinarios y Director de los conciertos de Weimar, escribió sus doce Poemas Sinfónicos, las Sinfonías «Fausto» y «Dante». doce Rapsodias, etc., así como numerosos lieder. Demostrando siempre la magnitud de su nobleza al dar a conocer obras de autores poco o nada conocidos y ayudar de diversas maneras a los artistas que a él acudían en busca de protección, dada la ventajosa situación en que se hallaba y a la que renunció el año 1858, por la mezquindad de unos y la indiferencia de otros. Otorgósele al siguiente año, la ciudadanía honoraria de Weimar.

Muy lejos estaba Liszt de suponer cuando aceptó dicho cargo, que «el teatro que él deseaba conquistar para su pensamiento», y todo cuanto pretendía realizar, no sería él quien lo llevase a efecto, sino Ricardo Wagner, entonces músico modesto. Gracias a la protección y abnegación de Liszt, logró Wagner, tras largos años de incompreensión y de miseria, dar vida a todos sus anhelos artísticos y materiales.

No fué solamente a Wagner a quien protegió Liszt. También con gran eficacia ayudó, entre otros, a Berlioz y a Schumann, siendo pagado con ingratitud cuanto hizo por ellos. Liszt, siempre generoso y acostumbrado a la humana ingratitud, parece no darse por aludido ni notar cuantos dardos le dirigen en esos años de su estancia en Weimar, no obstante clavársele muchos en el corazón. Sin embargo, los años van pasando, se acerca a la cincuentena y Liszt va adquiriendo el convencimiento de que no es aquí donde hay que esperar lo

que un alma privilegiada como la suya anhela. Por eso en 1860 presa de «mortal tristeza», escribe su testamento. Esta crisis de fatiga moral y aburrimiento —la princesa se hallaba ausente tratando de conseguir la anulación de su matrimonio para poder legalizar su situación con Liszt—, le hace exclamar: «Mi vida entera no es más que una larga odisea del sentimiento del amor». Y para hacer más corta su ausencia, viaja hacia París. Allí Luis Bonaparte, le ofrece la cinta de la Legión de Honor, volviendo a ser el hombre de moda en los salones aristocráticos. Recibe una cita de la condesa María d'Agoult, y va a su hotel, comprobando que ya nada queda del ayer. No pasaron en balde dieciseis años y no todas las pasiones pueden parangonarse con la que recíprocamente sintieron Carolina de Saint-Cricq y Liszt.

Después de permanecer varias semanas en París, Liszt regresa a Alemania, pero ya su estancia no tiene objeto. Pasado el festival de los compositores, celebrado en agosto de 1861, con la llegada de Wagner a Weimar —la ciudad donde Liszt durante doce años consagró todos sus esfuerzos en imponer la obra de su amigo Wagner—, parte Liszt de Weimar, con satisfacción de haber cumplido un deber, hacia otros ideales: vía Roma.

Ya en Roma, al fin, creen Liszt y la princesa que van a contraer matrimonio el día 22 de Octubre, al cumplir Liszt su cincuenta aniversario. Pero hay una voluntad superior que siempre deshace el tan largamente esperado matrimonio y esta vez, pocas horas antes de tener lugar la ceremonia, con la iglesia ya adornada de flores, ordena el Papa la revisión total del expediente de divorcio. Todo el trabajo de casi quince años y, las esperanzas quedaban deshechas. Dada la religiosidad de la princesa, toma como voluntad Divina la no realización de su proyectado matrimonio con Liszt, y decide aislarse lo más posible del mundo para consagrarse completamente al servicio de la idea superior que cree está destinada a realizar. Desde ese momento, sabiendo que era Liszt, terreno abonado para fructificar la idea que pensaba sembrar, puso todo su afán en que a su vez Liszt, renunciase a la vida mundana y se dedicase exclusivamente a la música religiosa, deseo que al parecer coincidía con el del compositor. Liszt en 1856, había ingresado en la Orden Tercera, cosa por él muy anhelada. Así, en Roma, dos seres privilegiados, empezaron una vida mística, casi por completo reclusos en sus respectivos domicilios

que bien pudieran ser considerados —sobre todo el de la princesa—, como dos celdas.

Liszt pretende acabar su «Leyenda de Santa Isabel», la princesa dá comienzo a su abrumadora labor teológica...

El retiro de Liszt en Roma, pronto se vió muy concurrido de visitantes. Coincidiendo con la muerte de su hija Blandina, cerró su residencia yendo a instalarse con el archivero del Vaticano en un pequeño claustro de la Madona del Rosario, en el Monte Mario, situado en plena campiña romana. Solo el sonido de las campanas le acompañaba. Dice: «escucho las de tres iglesias diferentes que me dan la sensación de centinelas aéreos ¿No es la felicidad lo que nos hace soñar?»

Pio IX le visitó en Monte Mario, tocando Liszt para su Santidad, el armonio. Agradó al Pontífice su compañía y recibéndole en audiencia privada le obsequió con un camafeo, imagen de la Virgen.

Tres años llevaba Liszt viviendo una vida casi clerical, cuando solicitaron encarecidamente su concurso para el festival de música de Carlsruhe. Liszt se negó a ello, pero Bülow, logró convencerlo, retornando nostálgico a Alemania. No obstante que el público dispensó a sus composiciones entusiástica acogida, la atmósfera germánica pesábale demasiado. Solo deseaba volver a Roma, a su soledad de Monte Mario, donde tenía «todo el espacio necesario para su carrera y ambición».

La Leyenda de Santa Isabel de Hungría, ya está acabada y Liszt siente imperiosa necesidad espiritual de entrar en las órdenes menores, que, sin ligarlo con votos, le imprimirían un reflejo de la dignidad sacerdotal.

Comunicó su decisión al cardenal Hohenlohe, quien satisfecho con una idea que para siempre alejaba toda posibilidad de matrimonio entre Liszt y la princesa (suegra de su hermano), contribuyó a que la ceremonia se verificase prontamente; el 25 de abril de 1865.

Antes de transcurrir un mes de su nuevo estado, escribió a la princesa: «pasé la jornada de ayer leyendo unas cincuenta páginas del Catecismo de la perseverancia, en italiano, y buscando en el piano algunos arpeggios para el tema indiano de La Africana». El abate Liszt, no podía dejar de ser Franz Liszt, en el más amplio sentido que encierra tan breve nombre.

El ingreso de Liszt en las órdenes menores le hizo terminara con muchos de sus más preciados pretéritos. Mme. d'Agoult, Wagner y

su hija Cósima, fueron excluidos de su trato, no por desamor hacia estos últimos, sino por lealtad hacia Bülow el fiel amigo de Liszt y marido de Cósima. Liszt, ha llegado casi a la «santa indiferencia». Su fama no le interesa. Sin embargo, sabe que aún le queda parte de su obra para realizar y teme que Roma no sea el lugar más adecuado para su consecución. Por lo que venciendo en él el artista al místico, y a ruegos del gran Duque Carlos Alejandro, decide distribuir su tiempo entre Roma y Weimar, Liszt, pues, volvió a reanudar su vida de gran maestro de toda la música de Alemania del sur.

Aún otro lugar debía acaparar sus horas: Pest, donde fué comprometido para la dirección de una academia musical. Así, entre Roma, Weimar y Pest, dividía sus días y ¡oh poder del demonio de las «emociones externas»! también su corazón.

La princesa Carolina, era reemplazada y el amor de Weimar se llamaba baronesa Olga Meyendorff, nacida princesa Gortschakoff. Su influencia fué grande en el corazón de Liszt, no en balde era culta, joven y bella.

Como en la vida todo pasa, con motivo de ponerse la primera piedra en el templo artístico soñado por Liszt y, realizado por Wagner en Bayreuth, se limaron las asperezas surgidas entre Liszt y el nuevo matrimonio Wagner. Con esta reconciliación se distanciaron más las relaciones de Liszt con la princesa Carolina. Ella, adivinaba el fin de su influencia sobre Liszt. No solo había perdido al hombre sino al artista. Sin embargo, pasado algún tiempo, cansado de recibir obsequios y honores en Pest, con motivo del cincuentenario de su primer concierto, regresó Liszt a Tívoli, a la Villa de Este, donde en plena fiebre de trabajo se sintió feliz, dedicando los domingos a visitar a su «Santa Carolina»,

Liszt, en el transcurso de pocos años, ha vivido quizás más fuertes emociones que en su juventud, si bien de otro orden. El logro de sus aspiraciones religiosas, el ver realizado en la persona de Wagner su ideal artístico y, la desaparición de seres que más o menos acapararon épocas de su vida, lo han despegado aún más de sí mismo en beneficio de la idea. Liszt el año 1876, con motivo de la apertura del Festpielhaus en Bayreuth, sufrió acerbos censuras de Carolina, pero también recibió del amigo por quien tuvo la grandeza espiritual de anularse, para así hacer resaltar más su obra, la satisfacción de oírle decir ante setecientos invitados que, sin su generosa ayuda, nada de lo que celebraban hubiera existido.

Asombra solo el pensar como a su avanzada edad, Liszt, podía seguir desplegando tan grande actividad. Compone, viaja infatigablemente, recibe a cuantos desean hacerle una consulta o simplemente saludarle —Albéniz fué uno de sus visitantes el año 1878— y, hasta no desdeña alguna pequeña aventura amorosa con sus admiradoras.

Carolina sigue su correspondencia con Liszt; éste, ya muchas veces no contesta personalmente, no obstante llevar en su equipaje los veinte volúmenes de «Las causas internas de la debilidad exterior de la Iglesia», que la infatigable princesa ha escrito entre otras muchas obras, en su retiro de Roma. Allí, sin descanso, escribe, fuma gruesos cigarrillos y discute difíciles cuestiones teológicas o políticas con destacadas personalidades romanas.

El maestro a pesar de su delicada salud, no se cuida. La hidropesía iba apoderándose de su organismo y, sin embargo, solo pensaba en preparar y realizar una fiesta musical para conmemorar el aniversario del fallecimiento de Wagner.

Siguió luego una época de trabajo dividida entre Weimar y Pest y, después de una corta estancia en Roma, el otoño de 1885 viaja por Florencia, Viena, Amberes, Estrasburgo, Aquisgran, Munich, Leipzig, Presburgo, Carlsruhe, Weimar y Budapest. Acude a las fiestas, come con príncipes y altas dignidades eclesiásticas, juega a las cartas, dá lecciones y se deja retratar por célebres pintores. Sus nervios y su vista flaquean. Confiesa que «a causa del debilitamiento de la edad, el trabajo se le hace cada vez más difícil», y sin embargo, continúa llenando laboriosamente el papel de música. Regresa a Roma extenuado, pero pronto se recupera y toca en público por última vez. Reanuda sus viajes y aún recibe diariamente cartas amorosas llenas de arrebatada pasión como en la época de su juventud. Liszt parece no tener vejez. Florencia, Venecia, París, Londres, Amberes y Weimar, son de nuevo y, ya por última vez, visitadas por el maestro, recibiendo en todas ellas honores y aplausos. Las obras que fueron más friamente recibidas y criticadas al ser estrenadas, ahora son escuchadas con enfervorizada admiración, compensando y demostrando al viejo Liszt, fué acertada su denominación de «música del porvenir».

En Weimar, Cósima, le notifica el próximo matrimonio de su hija Daniela con el profesor Thode, y Liszt, aún débil no deja de asistir al matrimonio de su nieta en Bayreuth. También acude a pasar una

temporada en Colpach (Luxemburgo), a cuyo regreso, en el tren, contrae la congestión pulmonar que había de acabar con su existencia. Tal es su despreocupación de sí mismo que, febril, asiste a las representaciones wagnerianas y aún recibe a varios alumnos. Pero el coloso está físicamente vencido y muere el 31 de julio de 1886, tras corta pero dolorosa agonía.

En esta mal extractada biografía, poco o nada hemos hablado de la importancia de las composiciones de Liszt.

Es Liszt, quizás el único gran compositor a quien solo se juzga por sus debilidades, olvidando siempre, todo lo que le deben sus contemporáneos y sus continuadores. Y nosotros somos deudores a su admirable obra de reformador que abarca, con amplitud noble, lo mismo el estilo de piano como el de orquesta, de dos formas hoy día familiares, «Rapsodia» y «Poema sinfónico» son dos términos con los que Liszt, caracterizó, por primera vez, un género particular de composición. A este respecto escribe Saint-Saëns: «no hace mucho tiempo la música orquestal no tenía a su disposición más que dos formas: la «Sinfonía» y la «Obertura». Haydn, Mozart y Beethoven no habían escrito otra cosa. ¿Quién habría osado hacer algo distinto de ellos? Ni Weber, ni Mendelsohn, ni Schubert, ni Schumann, se habían atrevido. Liszt, lo hizo y, «atreverse», en arte, es lo más arriesgado que existe en el mundo. En teoría nada hay más sencillo, pero en la práctica, para aceptar nuevas formas y para penetrar en su sentido, es preciso que el espíritu lleve a cabo un esfuerzo, y las personas que quieren hacerlo son raras. Lo que gusta a la gente es rumiar su propia pereza y rutina».

Liszt, como creador fué grandioso, residiendo la mayor importancia de su obra en la novedad. Fué un precursor y, como tal, sacrificado en beneficio de los demás, de Wagner sobre todo. «Liszt, —ha escrito Wagner—, es el más músico de todos los músicos que conozco».

La influencia recibida por Wagner de Liszt, es manifiesta. El paso dado desde Lohengrin a Tristan inmenso. Dice Godet: «los primeros compases del preludio Tristán nos abre un mundo nuevo, Liszt se lo había revelado. Innumerables son las resonancias lisztianas en las obras de Wagner: motivos de la Sinfonía de Fausto, se encuentran en Tristán y en la Walquiria; de Orfeo y Hamlet, en Tristán; de los Ideales en el Oro del Rhin; de la Batalla de los Hunos, en la Cabalgata de las Walquirias y, los ejemplos, podrían continuarse expo-

niendo, en considerable cuantía. Cuando Wagner constataba un caso de tal naturaleza, no se avergonzaba por ello. «Toma —decía a Liszt, durante un ensayo de Parsifal—, he aquí una idea tuya». «Al menos esta vez la escucharán», contestó Liszt sonriendo. Wagner era tan grande que aprovechándose, más o menos inconscientemente, tras haberlo asimilado, del verbo innovador de su amigo, sabía crear obras a las que imprimía el potente sello de su personalidad. Y estas obras le parecían a Liszt tan bellas, que sentía la ineludible necesidad de retraerse en la sombra, casi velando sus propias creaciones y fecundas virtudes».

No solo se limitó su influencia a los compositores de música profana. Sus Oratorios, los ejercieron hasta nuestra época, en los compositores dedicados al género sacro.

En cuanto a sus composiciones pianísticas, concebidas por primera vez de manera totalmente orquestal, son fiel exponente de su personalidad. Ellas recogen todos los estados anímicos por que pasó Liszt, desde las más exaltadas pasiones hasta sus horas místicas. Marcó su obra, en la historia del piano, nuevas orientaciones de gran importancia estética.

Liszt, pianista original y complejo, compositor de superior concepto y de romanticismo elevado, director de orquesta, biógrafo y crítico de visión honda, como lo prueba en notables estudios sobre Chopin, «Tannhauser» y «Lohengrin», aparte de otros trabajos y correspondencia con las figuras eminentes de aquellos años, hombre de corazón abierto a toda idea y causa noble, constituye la máxima figura pianística del siglo XIX y llena la época más animada del romanticismo.

Para comprenderle en toda su natural grandeza, debemos olvidar todo cuanto hayamos oído o leído acerca de sus composiciones o de su vida. Solo a través de su música —indudable reflejo de su alma—, nos será dado a conocer la verdadera personalidad de hombre y artista de Franz Liszt.

M.^a Teresa García Moreno.